

solevantadas, y la mas constante preocupacion de la vida práctica era ver cómo se lograban pronto riquezas, honores y poder, singularmente por medio de la política. Esta situación de los ánimos, dejando á un lado las lamentaciones y tientos, que tenían bastante de afectación y amaneramiento, se retrata en no pocas obras de Rubí y les da carácter de verdadera actualidad. Hasta por los títulos se ve esto: *La rueda de la fortuna*, *El arte de hacer fortuna*, *Dos validos ó castillos en el aire*. A veces Rubí, en el corte y sesgo de sus dramas, toma algo de las comedias de capa y espada, pero trayéndolo todo á su idea. Así, v. gr., en una de sus mas bonitas comedias, *Bandera negra*, hay un jóven atrevido, desenfadado, discreto y valeroso, que en un dos por tres se hace notable en Madrid, se impone á la gran dama de quien se enamora, y llega casi de un salto á la cumbre de la grandeza. Tales cosas eran las que embelesaban entonces, por lo cual, y por su conocimiento del teatro y por su notoria habilidad para inventar la acción y para el diálogo, Rubí gozó, durante muchos años, del favor del público, y aun influyó no poco en la dirección y estilo de otros dramaturgos. Sin duda que Ayala, al escribir comedias políticas, como *El hombre de Estado*, hubo de acordarse de Rubí, y el mismo Ventura de la Vega tomó también algo de *Detrás de la cruz está el diablo*, cuando compuso *El hombre de mundo*.

De este modo pudiéramos ir enumerando á no pocos poetas ó escritores de amena literatura que florecen también en aquel período y que tal vez han dejado menos rastro de sí, ó bien porque la muerte los sorprendió en edad temprana, ó bien porque, fatigados de la indiferencia y hasta del desden del público, abandonaron las letras, rompieron las liras ó las pusieron en un rincón, y se dedicaron á oficios ó profesiones de mas provecho. Algo se parece aquel florecimiento, á una anticipada primavera, cuando brota la yerba, se llenan de flores los árboles y las plantas, y luego vuelve de repente el frío y casi todo lo hiela y destruye. Aquel amor y aquel favor, que á las letras y singularmente á la poesía se consagraban, eran efímeros. Con la fiebre romántica nacieron y con ella pasaron. Estaban además circunscritos á muy limitado público. Así es que pronto sobrevino atonía; hubo como desmayo general en el reino de las musas, lo cual ha durado casi hasta estos últimos años, en que parece renacer la afición con mas estabilidad y firmeza. Los poetas, unos murieron, otros emudecieron, otros dormitaron. No pocos, como ya queda dicho, se olvidaron de que lo eran y se dedicaron á profesion mas lucrativa. Ello es que á aquel período de lozanía sucedió otro de relativa esterilidad, agostándose el primero en flor y no dando de sí todos los frutos que se esperaban.

Entre los hombres que figuraron entonces en las letras, debemos citar á don José García Villalta, autor de algunos bonitos versos y de una novela estimable, titulada *El golpe en vago*. Villalta, que escribía con igual corrección y facilidad el inglés que el castellano, había escrito antes en inglés dicha novela, bajo el título de *The dons of the last century*. Era además Villalta excelente periodista, y nos ha dejado una traducción en verso del *Macbeth* y de parte del *Otelo* de Shakespeare.

Don Juan Eugenio Floran, marqués de Tabuérniga, es otro de los ingenios, estimados en aquella época, y hoy casi olvidado. Compuso versos correctos y elegantes, que, si no se han perdido, permanecen inéditos ó no coleccionados; fué buen orador; y escribía bien en francés, idioma en que, si no recordamos mal, compuso una novelita agradable.

Fué también celebrado como poeta don José de Castro y Orozco, cuyo drama, *Fray Luis de Leon ó el siglo y el clausuro*, se representó con grande éxito en todos los teatros de España.

En esta serie de autores olvidados ó desdeñados hoy, es justo citar á don Jacinto de Salas y Quiroga, mártir de su bondad y de su literatura. Su vida y su destino son claro y triste espejo de las desastrosas costumbres literarias de aquel período. «Su mayor defecto, dice un amigo suyo, era ser demasiado bueno. Exento personalmente de todo vicio, se mataba trabajando para costear con el producto de su trabajo los vicios de sus amigos. Tiempo hubo en que el pobre Salas,

así le llamaban, sostuvo él solo con su pluma, en medio de las mas heroicas privaciones, á toda una falange de hambrientos; pero no todos le fueron ingratos. Un día, en que llegó á estar tan miserable y desesperado que quiso de una vez acabar con la vida ahorcándose, uno de ellos, á quien confió su loco proyecto y la repugnancia que sentía á la idea de ejecutarlo con su propia mano, se ofreció generosamente ahorcarlo.... de balde. ¡Y lo hubiera hecho!» El mismo autor, de quien tomamos esta anécdota y que era buen crítico, aunque benévolo para sus amigos, afirma que las novelas de Salas y Quiroga, en especial *El dios del siglo* y *Los habitantes de la luna*, eran excelentes pinturas de costumbres. Sus versos no eran malos tampoco; pero, tanto en vida como en muerte, ha pesado sobre su autor un injusto desvío. Murió casi en la oscuridad, sin que apenas se acordase nadie de él, sin que se sepa dónde está su huesa sin lápida, y sin que lleguen á nosotros mas que estos dos versos suyos, eco lejano y débil, que parece dar razon de su corta ventura:

Gastadas van las alas del deseo
Para el éter cruzar de la esperanza.

Mas dichoso, no por ser poeta, sino por su mérito y fortuna como actor, fué don Julian Romea, cuyas poesías elegantísimas y llenas de sentimiento, especialmente las de amores y la dedicada á Zaragoza, son muy estimadas y leídas aun por las personas de gusto.

De una ilustre y privilegiada familia de artistas, que ha contribuido extraordinariamente al renacimiento de la pintura en España, dándonos nombres tan gloriosos como los de don José, don Federico, y don Raimundo de Madrazo, salió también un poeta y literato de mérito. Don Pedro de Madrazo, que así se llama, compuso buenos versos, algunos de los cuales han merecido el mayor aplauso, á lo cual contribuía, á mas de su bondad, el acierto con que el poeta los recitaba al piano y hasta la propia figura del poeta, que en su mocedad era por extremo distinguida y hermosa. Aunque despues ha abandonado la poesía, como tantos otros, ha seguido señalándose y mostrando su útil y atinada actividad en arqueología y en historia y crítica de las artes.

Dentro de esta familia, si bien por enlace, por estar casado con una hermana del pintor don Federico y del literato don Pedro, debemos contar al infatigable y discreto don Eugenio de Ochoa, á quien por varios conceptos debe mucho la literatura española. Era hombre de exquisito gusto y delicada sensibilidad, como algunas de sus poesías líricas lo prueban. En España, por medio de traducciones bastante bien hechas, difundió la afición á la literatura francesa y su conocimiento; y en Francia, coleccionando é ilustrando hábilmente, con introducciones, prólogos y notas, las mejores obras de nuestros clásicos, que publicó en Paris el editor Baudry, hizo también un gran beneficio á nuestras letras, excitando á su estudio y el amor de ellas, así en la misma Francia como en todo el continente americano. Ochoa, además, que era escritor laborioso y de fácil estilo, nos ha dejado obras originales en prosa, donde intercala á veces poesías. Todas estas obras se leen aun con interés y agrado: juiciosos artículos sobre literatura, costumbres y viajes, varias novelitas, y un libro divertido y curioso, lleno de noticias útiles y de agudas y picantes observaciones, titulado *Paris, Londres y Madrid*, donde hace un cotejo justo, y por lo tanto poco lisonjero para nosotros, no solo de las tres capitales, sino de la cultura material y extrínseca de las tres naciones.

Bastante sobresalió también don Patricio de la Escosura, de una familia distinguidísima por el saber, el ingenio y la gracia de muchos de sus individuos. Don Patricio ha sido, sin duda, el mas notable de todos.

Nosotros creemos advertir en España un fenómeno contrario al que se advierte en otras naciones. En otras naciones los hombres, tratados en la intimidad, parecen inferiores á las obras que escriben; en España, casi siempre parece que las obras están por bajo. Se diría que en tierra extranjera el que es autor economiza su talento, y hace acopio de su saber, contiene el brio de su fantasía y como que reserva lo mejor de su alma, para ponerlo todo despues con largo estudio, esmero

y afán, en el libro que compone. De aquí que el libro se muestra superior al hombre con quien hablamos de diario. En España suele suceder al revés. Ya sea porque somos rumbosos, ya porque el talento literario produce poquísimo, ya porque los escritores desdeñan al público mas de lo que debieran, ello es que el talento se despilfarrá lamentablemente y que los autores no ponen mas cuidado en escribir para el público que el que pondrían en una conversacion particular entre cuatro amigos, al amor de la lumbre.

Don Patricio de la Escosura fué el ejemplo mas claro de esta condicion descuidada y desdeñosa, por cuya culpa, á pesar de las altas prendas con que le dotó el cielo, ninguna de sus obras alcanzará en la posteridad vida muy popular y estimada. Su actividad pasmosa y su espontaneidad para todo corrian parejas. Aunque no vivió poco tiempo, todavia se nos antoja imposible que pudiese hacer tantas cosas en el tiempo que vivió. Hombre de acción á par que de palabra y de pensamiento, no quedó, digámoslo así, carrera que no siguiese, profesion que no ejerciese, ni linaje de asuntos de que no escribiese ó hablase ó en que no se mezclase. Fué militar, en un arma facultativa, como es la artillería; fué juriscónsul, hombre de administracion, diputado muchas veces, periodista, ministro, orador parlamentario, amensísimo y fácil, académico, diplomático, celebrado con razon por su afable trato, chistosísimo en su alegre y animada conversacion, gran frecuentador de tertulias y de salones, asiduo y galante para con las damas, y escritor feundísimo en verso y en prosa. Sucedióle, como es natural, aunque parezca rara comparacion, lo que á un pomo de olorosa esencia, que llevásemos por la calle siempre destapado. El pomo va difundiendo y perdiendo su aroma en el aire libre, por manera que luego no le da ó le da con poca fuerza en un limitado recinto, que queremos perfumar y donde puede el aroma conservarse. De todos modos, la obra literaria de don Patricio de la Escosura es digna de aprecio hasta por la calidad, aunque lo sea mas por la cantidad. Como autor dramático merece elogio por *La Corte del Buen Retiro* y como novelista á lo Walter Scott por *Ni Rey ni Roque*. Gustaba él mucho mas de las novelas inglesas que de las francesas, y procuraba en las suyas acercarse al primer modelo. Compuso bastantes otras, á mas de la ya citada, como v. g. *El Patriarca en el valle*. Su mayor defecto es siempre la redundancia. Se empleó, por último, en otros trabajos literarios extensísimos, como un *Diccionario de Administracion* y una *Historia parlamentaria de Inglaterra*.

Otro poeta lírico, con alguna justicia encomiado en aquel tiempo y mas olvidado en el día de lo que debiera ser, á pesar de que la casa editorial de Medina y Navarro ha publicado recientemente sus poesías reunidas en un tomo, es don Enrique Gil. En algunas de sus composiciones hay intensa ternura y suave y melancólico idealismo que les prestan encanto. Murió este poeta en Berlin, en 1846, y nos ha dejado, á mas de las mencionadas poesías, gran número de artículos de crítica, costumbres y viajes, y una novela histórica, igualmente por el gusto de Walter Scott, titulada *El Señor de Bembibre*. Habia ido á Berlin en comision del gobierno para hacer un estudio político, administrativo y social de la Confederacion Germánica, con cuyos distintos gobiernos nuestras relaciones diplomáticas se hallaban á la sazón interrumpidas.

No debemos tampoco olvidar en esta revista de personajes literarios, famosos ya antes de 1844, á dos que solo se parecen en ser ambos militares, en haber llegado á los grados mas altos en tan honrosa profesion, y en haber figurado mucho en política, aunque por diversos caminos y casi siempre en opuestas parcialidades. Es el uno don Juan de la Pezuela, hoy conde de Cheste, cuyo amor á la poesía y á una especie de fantástica edad-media y de monarquía heroico-cristiana, semi-aristocrática y semi-absoluta, le alentó á poner mano en una empresa atrevida y laboriosa: la traducción en verso castellano nada menos que de tres epopeyas: *La Jerusalem* del Tasso, *Los Lusíadas* de Camoens y *La Divina Comedia* del Dante. Nosotros creemos que todo ello está fielmente traducido, y á trozos con tino y primor envidiables. Pero el tal trabajo, á mas de ser arduo, es ingrato por varios motivos. Casi todos los que leen estas traducciones entienden lo bastante de portugués y de

italiano para leer los originales y hallarlos mil veces mejor, no solo porque así sea, sino porque lo que está en idioma extraño, de que no nos valemos á cada momento para los mas ordinarios actos de la vida, nos parece mas peregrino y poético siempre. Muchos se aburren leyendo los originales; pero, como son poquísimos los que tienen el descaro de confesarlo, acuden al pobre traductor, dicen *aquí que no peço*, y le echan la culpa de todo. De aquí que las tres traducciones hayan sido harto censuradas; pero, en nuestro sentir, sin razon. El traductor siente y comprende á los autores y sobre todo á Dante con pleno entendimiento poético, y sabe desentrañar y expresar las ideas de ellos. Acaso las libertades y rarezas de lenguaje de que motejan al traductor son en el original mayores. Creemos, pues, que la pasión política ha sido parte en que dichas traducciones se celebren poco. Y creemos que ciertas burlas y fallos crueles provienen de la animadversion de algunos periodistas liberales, un tanto picados de que el noble traductor, en un arranque de afecto á las cosas antiguas y de odio y desden á varias para él peligrosas novedades de nuestros días, los apellidase, en son de menosprecio, *folicularios*.

El otro militar, notable poeta y literato también, es don Antonio Ros de Olano, hoy marqués de Guad-el-Gelú. Sus versos, lo mismo que su prosa, están llenos de originalidad, que tal vez algun descontentadizo califique de rarezas; pero rarezas tales, aunque lo sean, no se inventan, ni se escriben cuando se carece de agudo ingenio. Hay además cierta elegancia en la forma en cuanto Ros de Olano ha escrito, y en todo se advierte singular fuerza gráfica para presentar las cosas del mundo visible, los caracteres humanos y las escenas de la vida. En sus poesías líricas hay elevacion, sobriedad y energía. Y hay en su prosa una fusion hábil del estilo y arte del alemán Ernesto Teodoro Hoffmann con el castizo lenguaje, discreto, retruécanos y picaresca y maleante manera de expresarse de Quevedo. Con esta forma ha compuesto Ros de Olano varias novelas ó cuentos, fantásticos ó misteriosos, donde lo fantástico, como le sucede á Hoffmann, ya está en los lances, ya solo en el modo de referirlos, aunque nada tengan de sobrenatural. Los mejores de estos cuentos son *El diablo las carga* y *El ánima de mi madre*. El último, mas extenso y conocido, se llama *El doctor Laviuela*. Sus breves escenas de la guerra civil realzan lo real pintándole con fiel exactitud, como los cuadros de Goya; como las mejores narraciones del modelo alemán de Ros de Olano: como *Maese Martin el tonelero*, *Signor Fornica* y *Consejero Kréspel*.

Ya lo hemos dicho, pero tenemos que repetirlo con frecuencia: el público se encerraba entonces en estrecho círculo, y el entusiasmo literario era efímero y como por moda. Los autores no hacían mas que lamentarse de no ser oídos ó leídos. En Larra era esta una idea fija, tan triste que tal vez contribuiria, tanto ó mas que su despecho amoroso, para que se matara. «Escribir, exclama, como escribimos en Madrid, es tomar una apuntacion, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante... Aquí no escribe uno siquiera para los suyos... ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí?»

Naturalmente, de esta desatención del público nacen en los autores varias ideas á cual mas lastimosas. La primera, cuando el autor es algo modesto, es la de sospechar si las cosas que escribe serán tonterías, ya que nadie quiere escucharlas ni leerlas. La segunda es la de considerar necio, si no lo es escrito, el impulso que á escribirlo ha llevado, ya que la literatura no es profesion en España y en rarísimos casos da para vivir decentemente. Y la tercera, y la peor, es un amargo menosprecio, mas ó menos disimulado, del público para quien se escribe, lo cual induce á estudiar y prepararse menos de lo que se debiera y á reflexionar poco lo que se hace. De aquí que lo que sale bien sea casi siempre por efecto de una pasmosa espontaneidad, y no resultado de estudios y de afanes. Sucede aquí, por último, que escritores y poetas, que dan al principio pruebas de la mayor aptitud, se cansan ó se enojan, responden al desden del público con otro mayor desden, y abandonan el campo, creyendo que sobra con lo poco que han escrito para ser celebrados por el breve círculo de amigos y de aficionados á las letras.

Ejemplo el mas lastimoso de este abandono dió un autor, que, en aquellos años, del 36 al 42, se ganó con sobrada razon la simpatía y el aplauso de cuantos en España gustaban del arte de bien decir, y que despues, hasta hoy, pues vive aun, casi ha enmudecido. Las risueñas esperanzas que hicieron concebir sus obras juveniles no han llegado á lograrse por la desidia del autor y por su escepticismo y desaliento. Este desaliento se mostraba ya en aquellas obras, en virtud de un pesimismo mas radical que el de Tassara y el de Pastor Diaz, porque no hallaba compensacion en un pasado imaginario ni consuelo en lo ideal ó en lo supra-sensible. El escritor de que hablamos, á pesar de sus tristísimas doctrinas, estaba dotado de bondad y ternura de alma, su gusto literario era purísimo, sentía como pocos toda belleza de fondo y de forma, y sabía buscar con infalible tino la manera mas adecuada, elegante y sencilla de expresar sus ideas y sentimientos. Su lenguaje, así en verso como en prosa, era castizo sin esfuerzo ni afectacion arcaica. Con tales prendas, don Miguel de los Santos Alvarez, que este es su nombre, ha hecho breves composiciones poéticas de indisputable valer. Tiene varios sonetos y canciones que son un modelo. En las composiciones mas extensas es donde se nota ya una falta que el autor no podia subsanar con todas las excelentes cualidades que le adornan: la falta de meditacion, de plan y de concierto. Para el autor, sin duda, no merecia el público que él meditase y reflexionase. Un singular humorismo además, peculiar de la escuela romántica que él seguía, daba á sus obras no pequeña originalidad, pero tambien algo de anormal y de extraño. Sus doctrinas pesimistas, ya mezcladas con su bondadosa ternura, ya con sus manías de burlar de todo, como si fuera consuelo la burla, le llevan á inventar asuntos inverosímiles.

Alvarez es, como Zorrilla, natural de Valladolid, de donde se vino á la corte, casi niño aun, en busca de nombradía y lances de amor y fortuna.

Empezó á escribir un poema, titulado *Marta*, del cual nos queda un solo canto. No negaremos la posibilidad, pero sí la verosimilitud del argumento de este poema ó de aquella parte del argumento que ya en el primer canto se descubre. El personaje principal está manchado con todos los vicios é impurezas imaginables; pero, bajo el cúmulo de estos vicios y de su vergüenza é ignominia, hay un tesoro de afectos purísimos y delicados. ¿Quién sabe si es coincidencia ó imitacion? Probablemente es coincidencia que nace de una corriente general de ideas que lleva á muchas personas hácia los mismos puntos. Sea como sea, ello es que la maestra ó ama de una abominable escuela y casa de prostitucion queda, en cierto modo, realzada y aun algo santificada por un amor puro, manantial de virtudes. Esta vieja pecadora, llamada doña Tomasa, se parece á muchos personajes de Víctor Hugo. Su sér se funda en el concepto de que un rayo de santo amor, si cae en el cieno mas inmundo, le convierte en oro limpio y acendrado. Doña Tomasa, pues, es hermana de Marion de Lorme, de Lucrecia Borgia y del bufon de Francisco I, criaturas todas mas ó menos detestables, pero que se purifican y resplandecen por obra y gracia del amor susodicho. Esto en cuanto á doña Tomasa, cuya descripcion, así como la de la casa donde habita y ejerce su infame industria, son un dechado de gracia, de tino, de diction poética y de discretas perifrasis, á fin de velar bien asunto tan escabroso.

Natural es que doña Tomasa hubiera tenido por hermana á la honradísima y virtuosa viuda de un valiente militar, que no le dejó al morir sino su espada y una hija preciosa de pocos años. Extraordinarios son á veces los caprichos de la suerte. Las circunstancias pueden combinarse de tal modo que engendren monstruosidades. Algo así, fuera de lo que sucede de diario, era menester que hubiera sucedido para que la hija del valiente militar y de la viuda honrada no tuviese persona mas á propósito para recogerla, criarla y educarla, que su caritativa tía, quien se la trae ¡lindo colegio para huérfanas de héroes! á la casa del pecado. Verdad es que allí, sin percatarse de nada, y sin contaminarse en medio de aquella asquerosa baranda, la niña se conserva inocente, crece en virtud y belleza, y llega á ser mujer muy semejante á un ángel del cielo.

Todo el primer canto, á mas de mil chistosas digresiones, y de la pintura de doña Tomasa y de su establecimiento, se reduce á hablar de aquel sér limpio y puro, lanzado en lugar tan ruin.

Por justicia de Dios ó por olvido.

Allí se describen los vagos y celestiales ensueños y los casi místicos arrobos de aquella virgen inmaculada, que dora con la luz de su espíritu todo el universo visible, cuyo primer término para ella es el pobre cuarto en que habita, unos tiestos de flores que adornan su balcon y que el frio ha marchitado, y el callejon infecto sobre el cual dicho balcon cae.

Como se ve, el argumento, ó si se quiere el principio del argumento, ya que todo él no nos es conocido, es extraño, y aun á no pocas personas ha de parecer disparatado: pero, en cada uno de los pormenores, en las reflexiones irónicas, por mas que á veces rayen en la blasfemia, y en la pintura de María y de sus ensueños, donde el poeta se pierde y encumbra en el mas encantador é ideal espiritualismo amoroso, hay un gran tesoro de poesía y se revela un egregio poeta que es lástima no haya seguido adelante.

En la parte satírica, la gracia y la ligereza de la expresion hacen que se disimule lo impío de la idea y que se mire como chiste sin trascendencia. Así el elogio irónico que hace Alvarez del Universo visible y la excitacion á las criaturas para que, en vista de tanto portento y de tanto beneficio, ensalcen al Hacedor supremo. Así tambien aquella observacion para rebajar el orgullo del hombre, diciéndole:

Que el mismo tiempo malgastó en tí Dios
Que en hacer un raton ó á lo mas dos.

La espontánea naturalidad de muchas de estas sentencias irónicas ha hecho que corran de boca en boca y que se repitan como refranes: para dar á entender que todo está mal,

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,
Como de Dios al fin obra maestra:

y para burlar de que nos aquietamos y pagamos con el realismo mas grosero, cuando mas presumimos de idealistas,

Buena es la carne, bueno es el tocino
Y los garbanzos son manjar divino.

El desenfado de Alvarez y su aptitud extraordinaria para tales burlas ha seguido siempre, aun despues que él ha dejado de escribir para el público, ya mostrándose en la conversacion, ya en composiciones ligeras en verso, como, por ejemplo, las fábulas en parodia, que tantos han escrito imitándole, sin ser ninguna tan graciosa como cualquiera de las suyas, por mas que en las imitaciones haya grandes obscenidades y en las de Alvarez no.

Tan buen prosista como poeta, Alvarez dió en aquel período pasmosas muestras de su ingenio, que despues, herido y abrumado por el desaliento, no ha querido ó no ha podido renovar y completar.

El mismo defecto, la misma condicion escéptico-pesimista, aunque velada en ironía y templada por melancólica dulzura, se advierte en sus cuentos en prosa. La burla á veces, aplicada á los sucesos mas trágicos y patéticos de la vida humana, va mas allá, si no de lo lícito, de lo que es estéticamente saludable. Cosa singular: el romanticismo pesimista y desesperado tiene en ocasiones, en este autor, redolencias de Quevedo, como ya hemos dicho que en Ros de Olano las tiene. El cuento, por ejemplo, titulado *Amor paternal*, si no fuera porque está escrito mas naturalmente, con otra sencillez y sin los retruécanos que Quevedo usaba, parecería dictado por el autor de *El gran tacaño*. Este *Amor paternal* es el de un verdugo de oficio, muy diestro y experimentado en su arte, que se presta á hacer un viaje de Valladolid á Salamanca, movido de puro amor, á fin de ajusticiar, con pulcritud y sin causar grandes padecimientos, á un hijo suyo, que estaba condenado á muerte.

De todos modos, tanto en *Amor paternal*, como en *Agonías de la corte*, *Dolores de corazon* y otros cuentecillos en prosa, don Miguel de los Santos Alvarez da, en nuestro sentir, prueba inequívoca de que, si conforme tenia ingenio y gracia, hu-

quiera desdenado menos al público y hubiera creído que valia la pena de meditar con detencion, de formar planes y de trazar y fijar bien los caracteres, hubiera sido el mejor, el mas ameno y el mas castizo de nuestros novelistas de costumbres.

En los pocos cuentos, que ha escrito, tales como ellos son, y notándose en todos que se pone á escribir sin saber lo que va á escribir y á salga lo que salga, hay mas intencion, mas sentimiento y á menudo mas chiste que en los cuentos tan celebrados de Alfredo de Musset. La ventaja grandísima que llevan los de Musset á los de Alvarez, con ser este un espíritu de temple mas fino, consiste, como no podia menos de consistir, en que Musset pensaba y meditaba y hacia un trabajo serio, con el que se proponia ganar y ganaba dinero y gloria, mientras que Alvarez escribia sin meditar nada y como para descargar la cabeza del incómodo peso de los pensamientos que en desórden bullen allí, y de las «vaporosidades morales, que, como el mismo Alvarez dice, nublando el alma, acabarian por hacer inútil toda la luz que Dios la dió, á no irse destilando y escurriendo, desde la cabeza por el brazo derecho ó por el otro, si el que escribe es zurdo, hasta venir á dar ¿quién lo diría? en un trozo de papel, donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron y para que no vuelvan otra vez á incomodarla.» En suma, Alvarez, no ya por ironía, sino por disgusto de todo y con lastimosa sinceridad, confiesa que cuando escribe *desagua la cabeza* de una porcion de *vaciedades*, que allí se engendraron á fuerza de dolores. Tal es la fe que Alvarez tenia en la inspiracion: tal su concepto del escritor en España. Si llamaba *vaciedades* á sus escritos ¿qué no pensaria de los escritos de los otros, aunque no lo dijese, por su gran benignidad y por su afan constante por no desengañar á nadie ni ofender en balde ninguna vanidad ó amor propio?

A pesar de todo esto, Alvarez, allá en su primera mocedad, en 1840, escribió una novelita, mas extensa que las otras, y, si bien de sencillísimo argumento, con cierto plan y unidad de accion. Esta novelita, titulada *La proteccion de un sastré*, todavia, despues de 40 años que han pasado sobre ella, es, para nuestro gusto, uno de los pocos libros de entretenimiento, que en España se han escrito en este siglo y que verdaderamente entretienen. Lástima es que la manía de ser paradoxal y el afan constante de ponerlo todo en solfa y de tomarlo todo en broma, en virtud de una benignidad que desespera de remedio para los males y que se resigna á la alabanza por considerar inútil la censura, hayan agostado, ó esterilizado al menos, á un ingenio tan claro, tan agudo y de tan elevados quilates.

Solo nos queda ya que hablar de una figura, para cerrar con ella la rica historia literaria de este período del romanticismo. Y no porque apareciese la última, sino porque cierra el período, muriendo en él; en 1842; y porque sobresale entre todos los ingenios que florecieron entonces, dejando mas luminoso rastro en pos de sí, á pesar de sus extraviós.

Por cierto que este poeta es como síntesis y personificacion del período en que vivía. Resume en sí todas las excelencias y no pocos de los defectos de sus compañeros y coetáneos. Bien sabemos lo difícil que es hacer comparaciones justas y tasar el mérito respectivo de cada persona eminente con exacta y justa medida. Sin embargo, hasta donde cabe afirmar algo con certidumbre, atendida la falibilidad humana, podemos asegurar que los tres poetas mas grandes de nuestro siglo han sido Goethe, Byron y Leopardi. Despues de esta afirmacion, nos atrevemos á hacer otra, que parecerá muy aventurada á algunos, pero que nosotros consideramos de la mayor evidencia. En Espronceda habia el sér, los atributos y las condiciones mentales y de corazon, bastantes para hacer de él un poeta de no menor importancia y valer que los tres antes citados. ¿Llegó lo que estaba en potencia á estar en acto? y perdonésemos el modo de decir, algo á la escolástica: ¿El talento y las otras dotes, que el cielo derramó á manos llenas en el alma de Espronceda, fructificaron como debieron? Con harta pena tenemos que confesarlo: no fructificaron. Espronceda hizo lo bastante para demostrar que pudo ser tan grande como Leopardi, como Byron y como Goethe: no hizo, con todo, lo bastante para llegar á serlo. Las causas de que no lo fuese son bien claras y manifiestas. No basta decir que Espronceda mu-

rió á la edad de treinta y dos años. Si Goethe vivió una larga vida, Leopardi murió de treinta y nueve años y Byron de treinta y seis. No negamos que la cortedad de la vida puede haber influido mucho en que Espronceda no realizase cuanto prometia. Hasta el que murió mas jóven de los tres grandes poetas citados vivió cuatro años mas que Espronceda y ¿qué no puede hacerse en cuatro años y en todo el vigor de la edad? Espronceda evidentemente se malogró. ¿Qué no hubiera sido si hubiera vivido siete años mas de lo que vivió, como vivió Leopardi, ó cincuenta y un años mas, como vivió Goethe, el cual murió de ochenta y tres? ¿Qué no hubiera podido hacer Espronceda con medio siglo mas á su disposicion sobre lo que ya habia vivido? Se hubiera abierto nuevos caminos; su mirada se hubiera extendido por nuevos y mas anchos horizontes; él mismo, tal vez, se hubiera burlado; al llegar á la edad madura, de aquella pueril exclamacion:

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

¿Quién sabe si, entre los cuarenta y los cincuenta, hubiera habido en Espronceda una segunda juventud del alma, como hubo en Goethe, y hubiera tenido nuevas ideas, nuevos fines y propósitos, inspiracion nueva y mas alta? De todos modos, no es posible prever ni asegurar lo que hubiera sido Espronceda durante una larga vida. Acaso el desaliento, la falta de fe y el entusiasmo desprovisto de objeto condigno le hubieran hecho sobrevivir solo corporalmente, como otros, á su gloria y á su genio muerto ó aletargado. Acaso, consagrando su actividad á las cosas que llama el vulgo mas útiles, hubiera llegado á ser un ministro de tantos como vienen y van. En suma, vano es discurrir acerca de lo que Espronceda hubiera podido ser con los años. El germen de eminentísimo poeta, que en él habia, conforme hubiera podido secarse, viviendo él, hubiera podido tambien alcanzar todo su desenvolvimiento en flores y frutos. Espronceda entonces, en la segunda hipótesis, hubiera sido tan grande como Goethe.

Sentado esto, juzguémosle ahora, no por lo que pudo dar de sí, sino por lo que dió; y convengamos desde luego en que, aun en los treinta y dos años vividos, hubiera podido dar mucho mas y mucho mejor, si no hubiera sido por varias ideas absurdas, que dañaron su inteligencia, la viciaron y empuqueñecieron: ideas que se respiraban entonces; que estaban como diluidas en el aire; que eran como síntoma de la barbarie de una sociedad decaída y postrada, y no de la barbarie sana y robusta de la sociedad que empieza. En versos, sentencias y exclamaciones de Espronceda se nota el influjo deletéreo de la barbarie mencionada.

Yo con erudicion ¡cuánto sabría!

Esto, que dice Espronceda con burla irónica, debe tomarse con seriedad, y es verdad evidente. Espronceda hubiera sabido mucho, si hubiera estudiado, porque tenia disposicion y aptitud para ello. «Ya siento, añade,

Habermé dedicado á la poesía
Con tan raro y profundo entendimiento.

En esto ya no tiene razon, ni con ironía ni sin ella, pues ¿á qué mejor que á la poesía puede dedicarse un entendimiento raro y profundo? Ni la poesía está reñida con la filosofía, como parece que Espronceda supone.

Mis estudios dejé á los quince años,
Y me entregué del mundo á los engaños.

Hizo muy mal en haber dejado á los quince años sus estudios y peor hizo en nuestra opinion en creer que los estudios severos y concienzudos sirven solo para que un hombre sea diplomático, hacendista, abogado, tendero rico, ministro y otras cosas por el estilo. Claro está que no se requiere precisamente ser un zote para ser abogado diestro, rico tendero, director de contribuciones y hasta ministro: pero todavia es posible ser todo esto, y casos se han dado de serlo, siendo un zote. Lo que no se puede ser, siéndolo, es un gran poeta. Y cuando se es zote á medias, esto es, ignorante, pero no torpe, sino con todas las facultades naturales aunque incultas que